



UNA RAZA
IMAGINADA Y
SU DEFENSA
ARQUITECTÓNICA.
MODERNISMO Y
DISCURSO RACIAL
EN CHILE 1938–
1941

Una raza imaginada y su defensa arquitectónica. Modernismo y discurso racial en Chile 1938-1941

Fecha Recepción: 10 enero 2020

An Imagined Race and its Architectural Defense. Modernism and Racial Discourse in Chile 1938-1941

Fecha Aceptación: 21 diciembre 2020

PALABRAS CLAVE

Raza | mestizo | eugenesia | Jorge Aguirre Silva | Pedro Aguirre Cerda

KEYWORDS

Race | Mestizo | Eugenics | Jorge Aguirre Silva | Pedro Aguirre Cerda

Pedro Correa Fernández

Columbia University

Nueva York, EE. UU.

pc2681@columbia.edu

Resumen_

Este artículo explora algunas de las maneras en que la arquitectura moderna se involucró en la construcción de un imaginario racial en Chile durante el gobierno de Pedro Aguirre Cerda, entre 1938 y 1941. Se intenta reconstruir el concepto de "raza" utilizado por el programa de Estado de Pedro Aguirre Cerda "La defensa de la raza y aprovechamiento de las horas libres", y por Jorge Aguirre Silva, el arquitecto a cargo. Situando al discurso arquitectónico junto a los de la ciencia médica, la educación física y la eugenesia en el desarrollo del programa de Pedro Aguirre Cerda, se intenta mostrar cómo su arquitectura fue influenciada no solo por el modernismo europeo, sino también por una versión local de higienismo y eugenesia, así como por una forma de nacionalismo basado en la producción y protección de una raza homogénea.

Abstract_

This article explores some of the ways in which modern architecture was involved in the construction of a racial imaginary in Chile during the government of Pedro Aguirre Cerda, from 1939 to 1941. It attempts to reconstruct how the concept of 'race' was used by Aguirre Cerda's state program 'The Defense of the Race and the Good use of Free Time,' and by Jorge Aguirre Silva, its leading architect. By situating architectural discourse alongside medical science, physical education, and eugenics in the development of Aguirre Cerda's program, it attempts to show how its architecture was influenced not only by European modernism, but also by a local version of hygienism, eugenics, and a form of nationalism based on the production and protection of an allegedly homogenous race.

Fotografías Hogar Modelo. Fuente: Presidencia de la República, 1941, p. 34.
Hogar Modelo. Source: Presidencia de la República, 1941, p. 34.



Pedro Lira, *La fundación de Santiago, estudio preparatorio*, 1888.
Fuente: Aguirre Silva, 1985, p. 17.
Pedro Lira, La Fundación de Santiago, preparatory study, 1888.
Fuente: Aguirre Silva, 1985, p. 17.



Figura 2: Portada del folleto "Defensa de la Raza", 1939-1941.
Figure 2: *Defensa de la Raza* 1939-1941, Brochure Cover.

En su libro tardío *El sur de los Andes: cómo renace un pueblo en el mensaje de su arquitectura y poesía*, el arquitecto chileno Jorge Aguirre Silva confiesa tener una “obsesión constante” por encontrar una respuesta apropiada a la siguiente pregunta: “¿cuál es la imagen de nuestro país?” (Aguirre Silva, 1988, p. 11). Aguirre Silva se preguntaba por los rasgos que, con todas las diferencias individuales de su gente, pudieran «acercarnos como raza y unirnos espiritualmente con hondo sentido de nacionalidad [énfasis añadido]» (Aguirre Silva, 1988, p. 14). El problema de la identidad nacional parece atravesar parte importante de su vida y carrera. Con una especie de ansiedad identitaria, intentó con frecuencia conectar la arquitectura, el paisaje y las artes con una unidad de país consolidada en la nacionalidad. Tres años antes, en su libro *Hitos en Santiago: Esplendor y decadencia en su arquitectura y paisaje*, Aguirre Silva otorgó a los hitos urbanos una importancia central en esta materia (1985). Bajo su modo de ver, estos representaban y simultáneamente conformaban los hábitos de las personas de una nación, definiendo consecuentemente lo que significa ser chileno y forjando activamente lo que él llama el “carácter nacional”. En el libro escribe sobre la Plaza Italia, el Cerro San Cristóbal y —tal vez más conspicuamente— sobre el Cerro Santa Lucía, que había pasado a formar parte de la construcción del mito de unidad nacional cuando, en 1888, el pintor Pedro Lira representó su cumbre como el sitio de la fundación de Santiago. Aguirre Silva incluye esta pintura en su libro, pero no la comenta. De hecho —y tal vez sin saberlo— la imagen del libro no es una reproducción de la pintura terminada, sino de un estudio preparatorio. En el bien conocido cuadro de Lira, el conquistador español extiende su mano señalando hacia el futuro de Santiago, un gesto que enfatiza el rol infraestructural del cerro como sitio privilegiado de conquista. En forma opuesta, la mano del cacique señala hacia el suelo, indicando presumiblemente su tierra y su significancia cultural. En el impreso que incluye Aguirre Silva, sin embargo, la pintura no presenta tales gestos: tanto las manos de Pedro de Valdivia como las del cacique están borrosas. Este velado pictórico elimina la incompatibilidad epistemológica de los dos personajes. Y es tal vez en esta supresión donde vemos más claramente la dificultad que experimenta Aguirre Silva para concebir una “imagen de nuestro país” definitiva. Solo borrando la *diferencia*

al interior de la identidad, algo como *la raza* o el *carácter nacional* pueden ser producidos como la fundación de la unidad nacional. Si bien la resistencia a enfrentar esta incompatibilidad puede estar ligada a las ansiedades personales de Aguirre Silva, es también sintomática de instancias más difundidas y estructurales de represión cultural.

Una obstinada imposibilidad de llegar a acuerdo sobre la identidad nacional preocupó a los políticos chilenos desde inicios del siglo XX. El nacionalismo emergió como reacción a una ansiedad de disolución que tomó protagonismo en múltiples ocasiones a través de la historia nacional. Más concretamente, desde 1938 hasta 1941 el discurso nacionalista recurrió al concepto de “raza” para producir una noción de unidad encarnada por la ciencia médica, la doctrina higienista, la eugenesia y la arquitectura. *Encarnada*, en la medida en que la arquitectura participa activamente para dar a esas ansiedades el peso de síntomas patológicos reales, representaciones que de otra manera resultarían delirantes. La neurosis identitaria que Aguirre Silva describe en sus libros puede rastrearse hasta sus primeros años como arquitecto y conectarse con esta ansiedad de escala nacional. En 1938, con 27 años, fue nombrado director de un programa estatal llamado “La defensa de la raza y el buen uso del tiempo libre”, creado por el presidente de la época, Pedro Aguirre Cerda (su tío). En términos prácticos, hasta la muerte prematura del presidente en 1941, el Programa de Defensa de la Raza fue un ambicioso proyecto orientado a administrar el tiempo libre de las clases trabajadoras, basado en la preocupación por “fortalecer la raza” y aumentar la población con «elementos étnicos propios que mantengan la unidad de la nacionalidad» (Subercaseaux, 2007, p. 61). Se enfocó en reforzar «el vigor físico» y «la salud moral» de las poblaciones empobrecidas, proveyéndolas de medios para escapar a las enfermedades sociales y mejorar su condición física (Subercaseaux, 2007, p. 61). Esto implicó disponer de instalaciones médicas e infraestructura de entretenimiento y deportiva a lo largo del país, así como de un amplio control sanitario complementado con programas de educación física, cívica e higiénica. En el corto plazo, consideró la construcción de “Clubes de barrio” en las principales ciudades y comunas del país, junto con un plan a largo plazo para la construcción de “Casas de reposo” y “Parques de descanso” en el

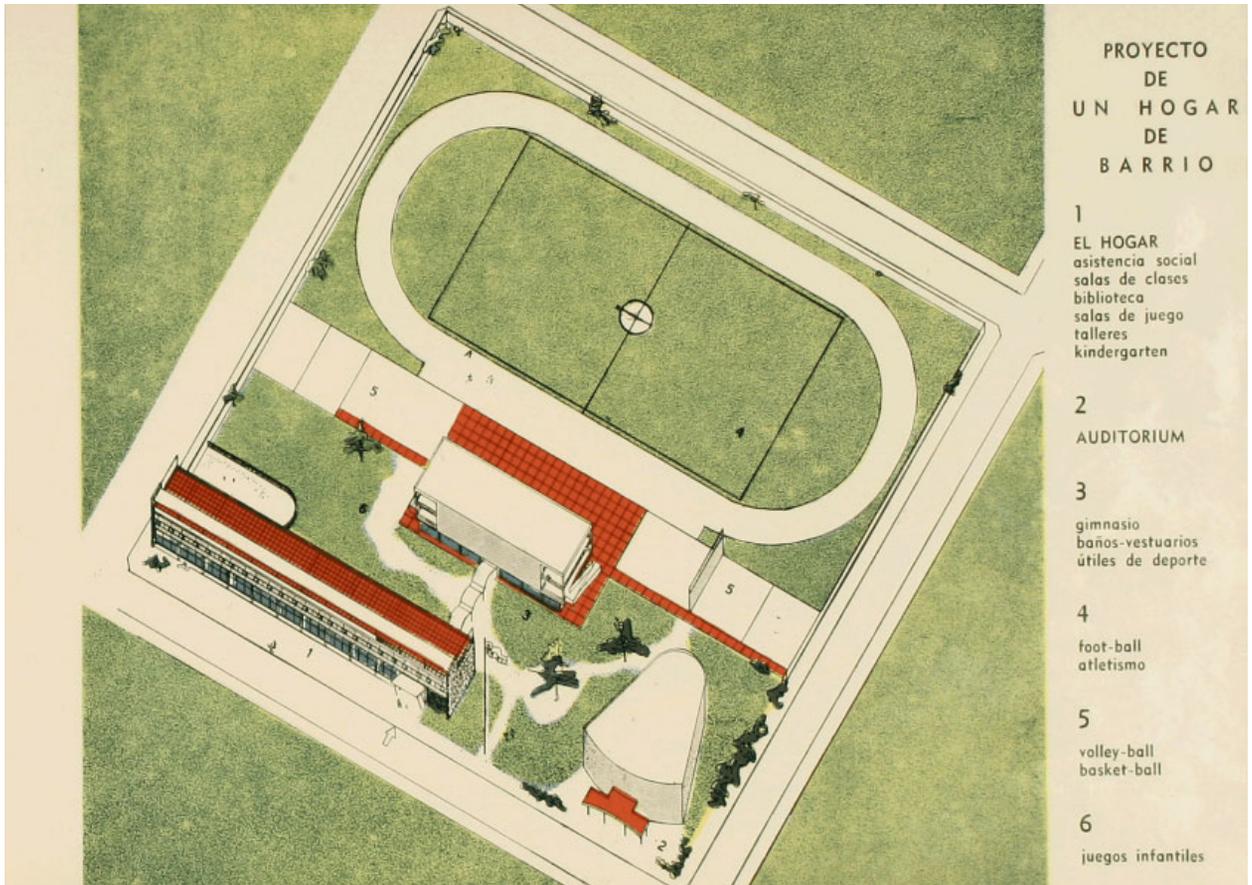


Figura 3: Proyecto de un Hogar de Barrio. Fuente: Presidencia de la República, 1940, p. 16.
 Figure 3: 'Proyecto de un Hogar de Barrio'. Source: Presidencia de la República, 1940, p. 16.

campo, la costa y las montañas de todo el territorio nacional (Presidencia de la República, 1940, pp. 33, 51). Aguirre Silva y sus amigos Enrique Gebhard y Gabriel Rodríguez, para estos efectos sus socios, diseñaron muchas de estas instalaciones y construyeron tres, incluyendo el destacado Hogar Modelo Defensa de la Raza, rebautizado Hogar Pedro Aguirre Cerda tras el fallecimiento del presidente. Su tarea fue liderar un grupo de arquitectos, artistas y consultores de diversas disciplinas que darían forma institucional y arquitectónica a este programa. ⁽¹⁾

Siendo él mismo un educador, Pedro Aguirre Cerda (1879-1941) llegó al poder con el lema “gobernar es educar”, orientado a combatir la pobreza por medio de mejorar radicalmente el acceso a los servicios de bienestar social. Como primer presidente representante del Frente Popular, su administración llevó a cabo extensos esfuerzos por integrar las clases bajas y medias mediante programas de industrialización estatal, el proteccionismo económico, la promoción de la autonomía y la expansión del aparato estatal.

A su vez, proveyendo infraestructura para el tiempo libre y viviendas sanitarias a las clases pobres urbanas, Aguirre Cerda pretendía abordar la “cuestión social” de finales del siglo XIX, que había ido despojando de su legitimidad política a las oligarquías liberales y conservadoras que dominaban el país desde su independencia. El programa Defensa de la Raza adelantó algunas de estas medidas, respondiendo a la vez a las contingencias del contexto político y social. Luego del terremoto de Chillán de 1939 y el inicio de la guerra en Europa, y con la persistencia de los niveles de pobreza de la población chilena, el llamado a la unidad en “el orgullo de sentirse chileno” se transformó en un emblema estratégico de la plataforma presidencial (Presidencia de la República, 1941, p. 3). Así, el mensaje del programa Defensa de la Raza adquirió los matices de una unidad no-partidista, como una «obra social (...) alejada de todo sectarismo político, social o religioso» que debía ser,

en cambio, «eminente patriótica» (Presidencia de la República, 1940, p. 31). En este contexto, el concepto de “raza” operó como sinónimo de unidad de país, y a la vez como un intento por hacer «que desaparezca toda lucha de clases» (Presidencia de la República, 1940, p. 27).

No obstante, ni la defensa de la unidad nacional por parte de Aguirre Cerda ni su promesa pública de fortalecer la raza eran desconocidas en 1939. Sus programas hacían eco a iniciativas como la ley de “defensa de la raza” del presidente Arturo Alessandri Palma, quien elevó en 1925 la lucha contra la «degeneración [sic] de la raza» a una obligación de Estado (Decreto Ley 355, 1925, p. 1). Ya hacia fines del siglo XIX, la higiene social y la eugenesia comenzaron a ser articuladas como instrumentos de gobernanza bajo el surgimiento de un modelo de modernización liberal que buscó controlar y regular poblaciones flotantes que representaron, simultáneamente, un “ejército de reserva de trabajo” para la creciente economía del país y un riesgo para la continuidad de su progreso material. Un proceso que en las ciudades involucró la organización de fuerzas productivas a través de la instalación de estrategias de “ortopedia urbana”, basadas en una segregación biosocial impuesta por la disciplina moral y el saneamiento biológico (Leyton et al., 2015, p. 8). La tarea fue llevada a cabo primero por pequeñas agencias al interior de ministerios, como el Instituto de Higiene y el Consejo Superior de Higiene, formados tras el brote de cólera de 1886, o por instituciones filantrópicas independientes como la Asociación Nacional de Educación o la Liga Chilena de Higiene Social, entre muchas otras (Riobó & Villarroel, 2019). Progresivamente, durante las primeras décadas del siglo XX, el problema fue asumido por el Estado a través de la formación de instituciones estatales especializadas, lo que en 1924 llevó a la creación del Ministerio de Higiene, Asistencia, Previsión Social y Trabajo, rebautizado como Ministerio de Bienestar Social en 1927, y Ministerio de Salubridad Pública en 1932 (Ibarra, 2016b). Para 1939, figuras clave al interior de los departamentos de Estado discutían activamente sobre la eugenesia como medio de control social e incremento de la productividad nacional. Eduardo Cruz-Coke y Salvador Allende, por ejemplo, ambos Secretarios de Salud de Alessandri y Aguirre Cerda respectivamente, comprendieron la higiene social como una bisagra entre el cuerpo y

(1) Conversando con Alfredo Jünemann acerca del programa, Aguirre Silva dijo: «Yo fui el consultor que organizó las actividades que habrían de constituir la Defensa de la Raza, a sabiendas que mi falta de experiencia y conocimientos estaban inscritas en una tarea que no tenía manera de desarrollar. Se lo dije al presidente, y me respondió: “mire, usted es responsable, tiene que buscar sus propios asesores”, y tuve que hacerlo. En áreas donde no tenía suficiente conocimiento» (Jünemann Gazmuri, 1996, p. 55).

un aparato de producción o consumo perfectibles. Ambos consideraron la constitución biológica de los trabajadores del país como un recurso nacional que había que controlar, gestionar y potenciar.⁽²⁾ Siguiendo estos lineamientos y dotando al directorio de una variedad de asesores que incluía médicos, educadores físicos y eugenistas,⁽³⁾ el programa de Aguirre Cerda de 1939 fue un intento por dar visibilidad a escala nacional a un proyecto de construcción de una nación más fuerte, basada en la vigorización de sus elementos más vulnerables.

La misma arquitectura y el urbanismo habían sido fundamentales para la progresiva medicalización de la sociedad desde finales del siglo XIX.⁽⁴⁾ Al menos desde las reformas urbanas de Vicuña Mackenna en la década de 1870, ambas disciplinas se asociaron intermitentemente a discursos de higiene social y decoro moral. A través de medidas de saneamiento y seguridad —que incluyeron reorganizar la ciudad en torno a *cordons sanitaires* y “parques higiénicos”, canalizando cauces de aguas urbanas e incorporando sistemas de alcantarillado— la arquitectura y el urbanismo se entendieron como métodos de gestión de la población con un rol significativo en la modernización de las ciudades. De igual manera, los

arquitectos modernistas habían jugado un rol importante en la difusión y progreso de estos discursos. En 1909, por ejemplo, Ricardo Larraín Bravo —con quien Aguirre Silva diseñó su primer edificio— publicó *La higiene aplicada en las construcciones*, condensando ideas sobre urbanismo y arquitectura saludables que circulaban alrededor del centenario (algunas fuertemente influenciadas por el racismo científico). Larraín Bravo llegó a ser una autoridad en la materia, desarrollando posteriormente programas para combatir las altas tasas de mortalidad infantil y diseñando los primeros complejos habitacionales higiénicos para obreros en Chile entre 1911 y 1918 (Larraín Bravo, 1909, 1937). Hacia la década de 1920, asuntos relacionados con la higiene urbana y la salubridad pública eran ampliamente reconocidos como parte de la profesión de la arquitectura (Ibarra, 2016a, p. 153).

Hacia fines de la década de 1920, una nueva generación de arquitectos promovía la introducción de ideas del modernismo europeo como una manera de enfrentar la cada vez más compleja situación social en las ciudades chilenas. Enrique Gebhard y Waldo Parraguez, ambos estudiantes de la Universidad de Chile y militantes del Partido Socialista, fundaron en 1935 la revista *ARQuitectura*, que en su tercer número incorporó a su colega y amigo cercano Jorge Aguirre Silva. La revista publicaba textos de figuras modernistas como Walter Gropius, Le Corbusier y Sigfried Giedion, junto con fervientes editoriales que abogaban por un mayor involucramiento de la arquitectura en la cuestión social. El primer número incluía un manifiesto que promovía «la organización integro racional de las funciones de la vida colectiva», la separación general de funciones urbanas y un «habitar en su sentido biológico social» que habría de emanar «directamente de la vida físico psicológica de la colectividad, expresada por su unidad hombre» (como se citó en Torrent, 2013, p. 134). Exponiendo frecuentemente las alarmantes condiciones de vida en los conventillos por medio de fotografías y estadísticas, para el cuarto número los editores habían incorporado a ocho médicos que trabajaban en higiene y estadísticas como corresponsales y colaboradores estables. Esta “unidad-hombre” a la que hacía referencia la revista nunca fue definida explícitamente, sino más bien producida simultáneamente como

(2) Considérese esta línea en el libro de Cruz-Coke *Medicina preventiva y medicina dirigida*, publicado en 1938: «la máquina que hay que reparar en nuestro país, con más urgencia que otras es el hombre, pero no cualquier hombre, sino nuestro trabajador, todavía sano, todavía recuperable de una afección que recién empieza y cuya salud es el principal elemento positivo de riqueza de que podamos disponer» (como se citó en Cárcamo Gebhardt, 2015, p. 206). Una eugenesia más “negativa” tendría lugar en torno a debates sobre esterilización en los cuales Allende jugaría un importante rol. Ver Sánchez Delgado, 2017. Para un relato muy controvertido y desacreditado sobre la más radical eugenesia de Allende, ver Fariás, 2005.

(3) Entre otros, estaban Joaquín Cabezas, director del Instituto de Educación Física; Lucio Córdova, director de la Escuela de Higiene; Joaquín Orellana, administrador del Estadio Nacional (creado un año antes); Gregorio Schepeler, director de los Boy Scouts de Chile, y Rosa Ester Barra, una connotada educadora que organiza el primer congreso de mujeres educadoras. También cabe destacar que el segundo vicepresidente del programa, elegido de forma unánime, fue Francisco J. Díaz, un general de ejército retirado que fundó la primera asociación Nazi en Chile, reconocida por Adolf Hitler personalmente. Según algunas fuentes, Hans Betzhold, autor de *Eugenesia*, la cual promovía la Creación de un *Übermensch*, también participaba en el comité, si bien hasta ahora se desconoce hasta qué punto sus ideas puedan haber sido consideradas seriamente. Ver: Sánchez Delgado & Cárcamo Gebhardt, 2018, p. 63.

(4) El mismo Aguirre Silva no estaba ajeno a estos desarrollos. Su abuelo, el doctor José Joaquín Aguirre, había sido el primer presidente del Instituto de Higiene, jugando un importante rol en la desinfección pública y la legislación sobre higiene; su padre, también médico y militar, había estudiado en Francia y Alemania y sucedió a su padre como director del departamento Médico de la Penitenciaría de Santiago antes de convertirse en director del Hospital San Juan de Dios en 1922.

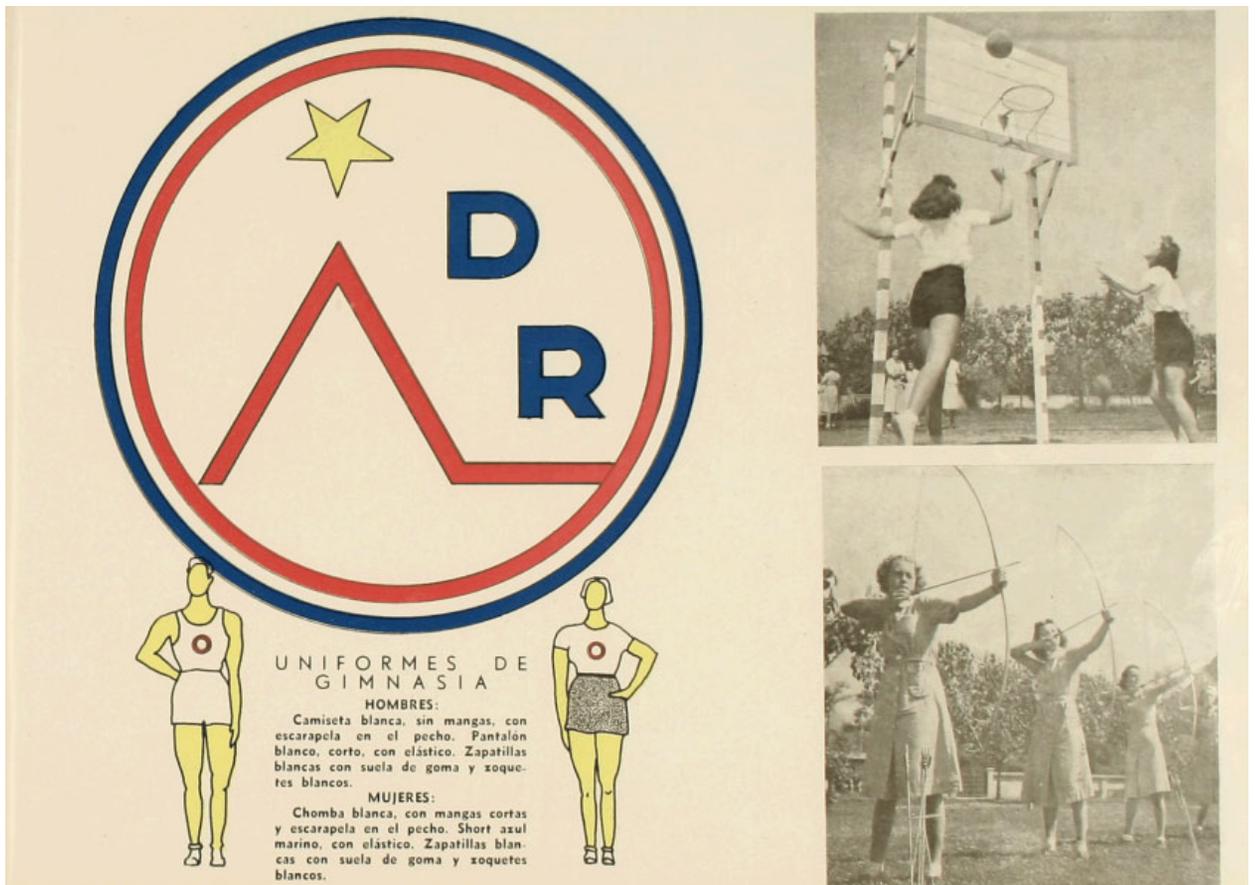


Figura 4: Uniformes de Gimnasia Defensa de la Raza. Fuente: Presidencia de la República, 1940, p. 48.
 Figure 4: Gymnastics Uniforms Defense of the Race. Source: Presidencia de la República, 1940, p. 48.



Figura 5.1: Veteranos frente al Monumento al Roto en Plaza Yungay, 1944. Fuente: Archivo Fotográfico Museo Histórico Nacional (N. de inventario: N-002368).

Figure 5.1: Veterans in front of the Monumento al Roto in Plaza Yungay, 1944. Source: Archivo Fotográfico Museo Histórico Nacional (Inventory number: N-002368).

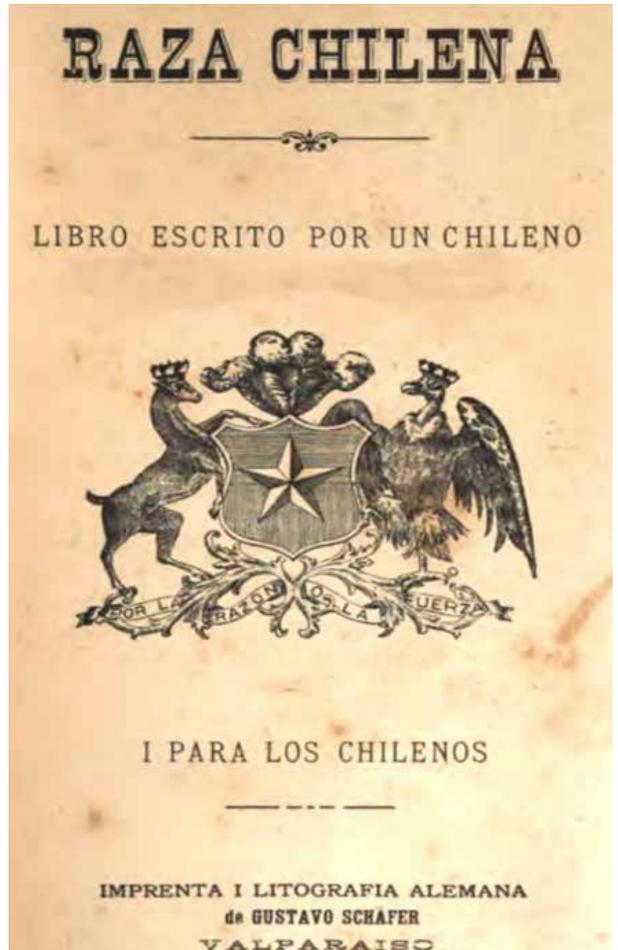


Figura 5.2: Portada *Raza chilena* de Nicolás Palacios, 1904. Figure 5.2: *Raza Chilena*, Nicolás Palacios, 1904, cover.

abstracción, un producto de la estadística y, lo que es más relevante, como perteneciente a una raza que requería ser fortalecida.⁽⁵⁾

Los discursos higienistas y la eugenesia circularon tanto al interior del debate arquitectónico como a través de instituciones del Estado y organizaciones filantrópicas (Ibarra, 2016b; Mondragón López, 2015). En este entorno arquitectónico, el concepto de raza circulaba envuelto en debates sobre el modernismo, la vivienda mínima y el urbanismo, mezclando el modernismo europeo con una versión local de la eugenesia que proponía una perspectiva racial muy específica. En este sentido, Aguirre y sus colegas entraban al debate sobre la eugenesia al mismo tiempo que ingresaban en la arquitectura moderna: la raza y la arquitectura moderna ocupaban los mismos dispositivos discursivos y estaban articuladas por polémicas similares en medios similares. La “unidad-hombre”, objeto más que sujeto en este discurso, fue imaginada como el habitante y a la vez como el producto de un entorno, de un contexto espacial que podía ser diseñado y modificado. Como suele señalarse, a diferencia de sus versiones europeas, la eugenesia latinoamericana solía combinar el determinismo hereditario con una versión del determinismo ambiental de Jean-Baptiste Lamarck, según el cual el medio era un factor tan determinante como la herencia para preservar la consistencia racial. Así, la selección natural podía combinarse con la selección racional: a través de la regulación del entorno, la herencia podía ser modificada o fortalecida con el propósito de mejorar la raza, incorporando adaptaciones a su constitución biológica. Considerados como una “eugenesia positiva”, estos discursos se enfocaron en medidas preventivas y la higiene para preservar lo que Aguirre Cerda llamó las «reservas raciales» del país (Presidencia de la República,

1941, p. 41). La arquitectura, como instrumento de manipulación del entorno, ocupaba un espacio privilegiado dentro del proyecto para defender una raza nacional.

El programa de Defensa de la Raza estaba enfocado precisamente en esto, en la amplia provisión de entornos saludables donde la educación física y cultural podía ser impartida para mejorar la composición de la población. Entre las instalaciones que Aguirre Silva y sus amigos Enrique Gebhard y Gabriel Rodríguez diseñaron con este propósito se cuentan: un Parque de Descanso en los faldeos del Cerro San Cristóbal, otro sumado a un Hogar en el Bosque de Santiago, uno más modesto en los cerros entre Santiago y Valparaíso, un Club de Barrio ubicado en el sitio del hipódromo de Santiago llamado Hogar Hipódromo Chile y, por último, el Hogar Modelo de Defensa de la Raza. El exhaustivo programa arquitectónico de este último consideraba salas de cine, auditorios, salas de clases, varios campos de deportes, un gimnasio, una piscina al aire libre, una laguna, un acuario, un herbario, una casa infantil, zonas de juego, un restaurant, una cafetería, un salón de baile y hasta un bar de leche. En el folleto publicado que promovía el proyecto, este vasto complejo es descrito como «una Institución nacional destinada a crear nuevos valores humanos, mediante amplios y modernos programas de educación física, deportes, recreación, obra social y de cultura en todos los aspectos de la personalidad humana» (Presidencia de la República, 1940, p. 33).

Los edificios mismos fueron diseñados como máquinas de salud para organizar la psico-biología de las unidades-hombre por medio de su distribución en diferentes programas y actividades, y ordenados según criterios biológicos como edad y género. El Hogar Modelo estaba ubicado en medio del Parque Cousiño, en el centro de Santiago. Apoyado en columnas, permitía al parque continuar sin interrupción bajo sus volúmenes. Fue diseñado con amplias ventanas para obtener interiores bien iluminados y terrazas múltiples para ser usadas como solárium y zonas de descanso. Adicionalmente, todo el edificio estaba inmerso en un bosque de árboles preexistentes y un proyecto de paisaje diseñado por el arquitecto del paisaje alemán Oscar Prager, quien había estado asociado con el movimiento *City Beautiful* en California (Viveros Letelier,

(5) Un ejemplo de esto puede verse en el Segundo número, en el cual publican fotografías de Antonio Quintana de los conventillos de Santiago y un artículo titulado “Estadística del Conventillo”, de Carlos Charlín, donde se mostraba la situación anti-higiénica de 120.000 personas en una ciudad de 700.000 habitantes a través de una aproximación comparativa que analizaba estadísticamente las superficies de áreas verdes en la ciudad, la superficie de los hogares de trabajadores, la cantidad de familias viviendo en escasez, la cantidad de unidades de vivienda necesarias, etc. En 1936, las estadísticas fueron utilizadas también para ilustrar el problema de higiene en los conventillos por Alfredo Johnson, quien también se había unido a la revista ese año, usando el término “mala vida”, y describiendo la situación como «el debilitamiento de la raza azuzado por las enfermedades, la desnutrición y el vicio». Ver Mondragón López, 2010, p. 271; 2015, p. 33.

2019). Prager diseñó un jardín de bosque cuadrado que rodeaba al edificio, reemplazando antiguas especies introducidas por otras nativas y ornamentales. La preocupación por el paisaje fue llevada hasta los interiores del Hogar Modelo, donde fotografías de gran escala de la cordillera de los Andes, bosques y alamedas tomadas por Antonio Quintana cubrían las paredes del edificio. El propósito de intensificar el contacto con la naturaleza, el aire puro, la luz del sol y el paisaje circundante seguía indicaciones no solo de Le Corbusier, Gropius y otros modernistas europeos, sino además el discurso local higienista y a Larraín Bravo en su *Higiene aplicada en las construcciones* (Hecht, 2016, p. 134). Además de las fotografías, cada recinto estaba decorado con lemas como «Si mejor utiliza sus horas libres, más útil será a su Patria» (Presidencia de la República, 1940, p. 62). El edificio estaba equipado con calefacción central, una central de altoparlantes, citófonos y relojes eléctricos, entre otras tecnologías de confort ambiental, regulación y supervisión (Presidencia de la República, 1940, p. 62, 1941, p. 24). Si bien el programa de Defensa de la Raza ciertamente dependía de la infraestructura que ofrecía soporte al control médico y medición de la población —sometiéndola a exámenes obligatorios y manteniendo registros médicos rigurosos— también intentaba evocar fuertes sentimientos de orgullo nacional, recurriendo a la cultura y los entretenimientos populares: la proyección de filmes y literatura patriótica, obras de teatro sobre los héroes nacionales, desfiles moralmente edificantes, etc. (Presidencia de la República, 1940, p. 31).

El primer folleto publicado para promover el programa Defensa de la Raza es una clara manifestación de cómo algunos de los aspectos materiales y retóricos de estos discursos sobre la raza y la eugenesia se fundieron en el Hogar Modelo. A continuación del Himno Nacional, está reproducida en este documento la letra del Himno de Yungay, el cual celebra el triunfo en la Batalla de Yungay (1839), fundamental para la construcción del mito de la unidad nacional a través de la creación de un héroe nacional: el roto chileno. Como arquetipo de chilénidad, el roto fue un personaje anónimo que representaba al trabajador mestizo pobre, cuya ferocidad en batalla comenzó a ser celebrada en la década de 1880 como una forma de consolidar la identidad del pueblo chileno. A menudo denostado durante el

siglo XIX, este representante del bajo pueblo fue enaltecido primero como reacción a la escasez de mano de obra en las economías agraria y minera de finales del siglo XIX y durante la Guerra del Pacífico (1879-1883); y luego, de forma más sustancial, como protagonista de la identidad nacional durante la emergencia del nacionalismo de principios del siglo XX. Se volvió tanto figura literaria como un tipo social que frecuentemente buscaba conciliar los orígenes indígenas y españoles del pueblo chileno en una amalgama con identidad propia. En 1888, una estatua de bronce del *Roto chileno* esculpida por Virginio Arias fue instalada junto a un arco triunfal en la recientemente bautizada Plaza Yungay, con una placa en que se lee: «El Roto. Genuina expresión de la raza chilena».⁽⁶⁾ En 1889 se decretó un feriado para “el día del *Roto chileno*” y poco después surgieron múltiples versiones pictóricas, literarias y sociológicas de este personaje. Más producto de un paternalismo de elite que de una autodeterminación desde abajo, el roto llegó a encarnar oficialmente el orgullo nacional y el mito de una raza chilena unificada (Cortés Aliaga, 2009; Gutiérrez, 2010).

Sin embargo, no es hasta inicios del siglo XX que este mito intersecta las teorías pseudocientíficas de la raza y la eugenesia. En 1904, un médico de Valparaíso llamado Nicolás Palacios publicó *Raza chilena: libro escrito por un chileno y para los chilenos*, suscitando una polémica contra la degeneración de la raza chilena que situaba al mestizo, encarnado en el roto, como canon de la uniformidad racial de Chile. Palacios sostuvo una elaborada teoría que postulaba que la raza chilena era una combinación de herencia visigoda y araucana, dos razas viriles filiadas patriarcalmente como la feliz mezcla de conquistadores españoles y guerreros araucanos. Las similitudes entre ambas razas las habían hecho suficientemente compatibles como para producir una nueva, uniforme, que él identifica como “mestiza” pero que caracterizaba simultáneamente como “blanca” (Walsh, 2015, p. 615). Palacios imaginó un prototipo de chileno que combinaba los rasgos fieros y vigorosos, pero femeninos, de un pueblo vencido como

(6) «En una joya dialéctica de historia social», argumenta Salazar, los amos comienzan a idolatrar al mestizo, pero en una estatua con proporciones griegas, dado que «ellos no pueden concebir nada más allá de su imaginario europeo» (Salazar Vergara, 2012, pp. 126 y 225).

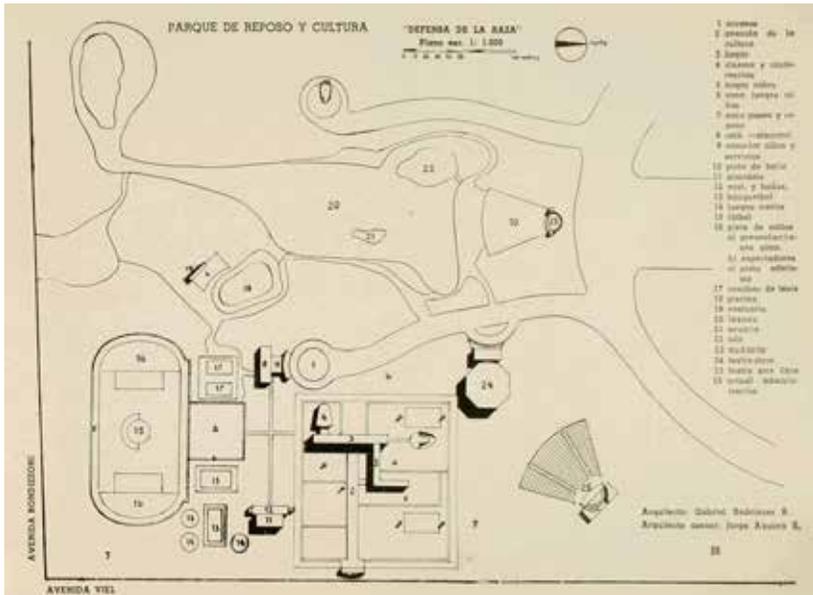


Figura 6: Parque de Reposo y Cultura Defensa de la Raza. Fuente: Presidencia de la República, 1941, p. 28.
 Figure 6: Parque de Reposo y Cultura Defensa de la Raza. Source: Presidencia de la República, 1941, p. 28.



Figura 7: Hogar Modelo. Fuente: Presidencia de la República, 1941, p. 30.
 Figure 7: Hogar Modelo. Source: Presidencia de la República, 1941, p. 30.

el araucano, y el carácter sobrio, inteligente y varonil de los conquistadores europeos, en su mente más germánicos que latinos. A su vez, consideraba peligrosas y debilitantes a la mayoría de las influencias raciales “foráneas”; especialmente aquellas de origen latino, africano y judío, y afirmaba que la raza chilena había comenzado a debilitarse con el surgimiento de una aristocracia local en la década de 1830. Reaccionando en contra de la oligarquía política y su imagen negativa de la clase trabajadora, Palacios veía la plutocracia resultante de las nuevas fortunas adquiridas en las minas de salitre, las sensibilidades afrancesadas de las elites y las recientes políticas de inmigración como amenazas directas a la identidad nacional y la integridad de la reserva racial. Pero el chileno, pensaba, también tenía un futuro, un potencial basado en «restablecer el alma de la raza» (como se citó en Subercaseaux, 2007, p. 45).

Palacios unió los conceptos de raza y nación de maneras que perduraron notablemente durante el resto del siglo (Walsh, 2015, p. 633). Cuando Pedro Aguirre Cerda hablaba de «la homogeneidad de nuestra raza» estaba evocando claramente algunos argumentos de Palacios.⁽⁷⁾ A la vez, al conectar raza y progreso, Aguirre Cerda estaba reproduciendo una vez más las tesis que Palacios había obtenido de la eugenesia europea: la noción de que la raza, y no la razón o el progreso material, era el motor de la historia de la civilización (Subercaseaux, 2007). Siguiendo a Gustave Le Bon y Georges Vacher de Lapouge, Palacios ve la raza nacional como el componente capaz de determinar la psicología social de un pueblo y, con ello, el espíritu y destino de una nación. En retrospectiva, no es demasiado sorprendente que el proyecto de unidad nacional de Aguirre Cerda se basara en esas nociones de uniformidad y progreso. Como ha demostrado Bernardo Subercaseaux, el mito de Palacios fue funcional al discurso político porque «inventa una tradición que prolonga el mito de la excepcionalidad

del país; porque crea una suerte de ciudadanía étnico-cultural más amplia que la ciudadanía política» (Subercaseaux, 2007, p. 47). Al mismo tiempo, sin embargo, el mito de una raza chilena era una forma de incorporar el ineludible pasado indígena, sepultando la historia de violencia ejercida sobre ellos por los propios chilenos y exorcizándolos de la imagen de la identidad nacional. El “araucano” estaba presente en el roto chileno, pero solo en su sangre, solo como una raza extinta cuyos ancestros desaparecidos ahora integraban la composición biológica de los mestizos de la actualidad, cuya raza, en distintas proporciones en la población, era totalmente homogénea.

Más allá de las características funcionales supuestamente silenciosas de los edificios diseñados por Aguirre Silva y su equipo, su papel en estos discursos se hizo inteligible mediante adiciones semánticas más conscientes: un mural en el Hogar Hipódromo de Xavier Guerrero, cuya filiación con el indigenismo mexicano de Lázaro Cárdenas y la teoría del mestizaje cósmico de José Vasconcelos es bien conocida; y una escultura en relieve que el artista Tótila Albert realizó para la fachada principal del Hogar Modelo (Zamorano Pérez & Cortés López, 2007). Esta última, titulada “El vuelo del genio”, representa un gran cóndor, «el ave del retorno», con un hombre y una mujer tendidos sobre sus alas opuestas y una tercera figura masculina sujeta en sus garras. El mismo Albert explicaba así la escultura en relieve en el segundo folleto de la Defensa de la Raza:

Las propiedades masculinas del padre y las propiedades femeninas de la madre están depositadas en el ser de cada uno (...) en ese estado de existencia inmaterial que llamamos recuerdo, los padres se han convertido en imágenes que nos guían a través de la muerte como nos han guiado a través de la vida. Del equilibrio de estas dos imágenes en nuestra memoria, depende la seguridad de nuestro vuelo, la reconciliación de la vida con la muerte (Presidencia de la República, 1941, p. 10).

La estructura de oposiciones entre femenino y masculino y la armonización de estas en la figura del hijo es indicativa de un esquema biosocial que produce a un individuo balanceado que se alimenta de la memoria de su herencia, pero la ha dejado atrás. El padre, que apunta hacia arriba,

(7) Considérese, por ejemplo, una carta que envía a Alfredo Duhalde Vásquez, su secretario de Estado: «alcanzaremos la finalidad perseguida por mí de que los componentes sociales tengan un convencimiento efectivo de la conveniencia de apreciarse debidamente, de manera que el hombre de fortuna conozca la *homogeneidad de nuestra raza*, su inteligencia y su bondad y que los individuos modestos sepan también que en las clases acomodadas hay elementos comprensivos que están dispuestos a ayudarlos con su cultura y su patriotismo, para que de esta suerte se verifique la compenetración de las clases sociales y su unión indestructible en el anhelo de progreso nacional que debemos atribuir a todo chileno» (Aguirre Cerda, 2001, pp. 136–137).

«señala más allá de la materia, el mundo de las ideas, el ideal. Su fuerza creadora está en la abstracción»; la madre, que apunta hacia abajo, «señala la materia, y su materia es el hijo», y el hijo, el nuevo hombre que apunta hacia el frente, «como entre dos abismos, el del ideal y el de la materia, vuela hacia adelante, señalando su meta en el espacio» (Presidencia de la República, 1941, p. 10). Su abstracción es apenas distinguible de las teorías genéticas del discurso racial. Es la fusión del hombre racional, que señala hacia arriba, como el conquistador español en la pintura de Lira o en la caracterización de Palacios, con la mujer maternal, que señala hacia abajo como el cacique subyugado: el nuevo hombre, abstracto y moderno, asume acá el carácter fantasioso del mestizo chileno. El vuelo del “genio”, como en “intelecto” pero también como en origen rector (*gens, gen, genio*), hace eco de la determinación biológica de una raza imaginaria que debe ser defendida para que pueda prosperar y volar hacia adelante, ininterrumpida por la muerte que ha dejado atrás.

El discurso arquitectónico planteado por Aguirre Silva y sus colegas también tuvo correspondencias estructurales con este discurso racial. La estructura vacía y abstracta de uno sirvió como recipiente para la estructura del otro. La indignación ante la precaria situación de los barrios pobres de la ciudad, las reacciones polémicas en la prensa, retratando a la ciudad como “un enfermo que se derrumba”, y finalmente la posibilidad de un futuro, un potencial para que ciudades como Santiago o Chillán puedan “evolucionar” y superar su “caos actual”, sugieren un discurso que estaba sin duda atrincherado en el organicismo europeo, pero que alcanzó también a ser estructural para el entrelazamiento de nación, cuerpo e identidad (como se citó en Torrent, 2013, p. 134). No solo el concepto de raza chilena y la arquitectura moderna local utilizaron las mismas estrategias discursivas y fueron legitimadas por marcos epistemológicos similares, sino que el lenguaje utilizado para describir a la raza (“severa”, “estricta”, “sin adornos”, “sobria”, “racional”, “vigorosa”, “higiénica”, etc.) se alineaba con el utilizado para describir a la arquitectura.⁽⁸⁾ Como sostiene Subercaseaux, al

no tener una base objetiva seria, el discurso de la raza chilena se convirtió a la vez en una representación performativa, funcional por delirante que fuera, y en un significativo vacío, una forma sin contenido sustancial que podía ser llenada de acuerdo a diferentes intenciones. En este contexto, los edificios de la Defensa de la Raza fueron usados no solo como dispositivos sanitarios, sino también como alegorías de una modernidad propulsada por la producción de una raza vigorosa y homogénea. Su arquitectura estuvo programada con ideas raciales y eugenésicas en la medida en que esta aportó su estructura, supuestamente silenciosa y funcional, al discurso ideológico de la raza y el nacionalismo.

Un concepto distinto y más abarcador de raza adquirió protagonismo en las políticas sociales y en la infraestructura para el ocio durante el primer gobierno del Frente Popular en Chile en los años cuarenta, pero, como el cacique en la pintura de Lira, se mantuvo de rodillas y encadenado. El resultado emancipatorio de cincuenta años de lucha por incorporar a las clases trabajadoras a la vida civil eventualmente trajo a la vista represiones más antiguas y menos evidentes, pero las resolvió solo en la imaginación, a través de un concepto mitológico de raza cuya defensa y mejora, sin embargo, debía llevarse a cabo por instrumentos concretos, como la ciencia médica, la educación física y la arquitectura. En este sentido, los Hogares funcionaron tanto como máquinas eugenésicas como en la forma de mecanismos de defensa contra las dolorosas historias de poblaciones indígenas reales, barridas bajo el mito del carácter nacional y sublimadas dentro del legado biológico. Estos mismos Hogares eran esos hitos que años más tarde Jorge Aguirre Silva describiría como representantes y forjadores de un «hondo sentido de nacionalidad» (Aguirre Silva, 1988, p. 11).⁽⁹⁾ Y aunque su dificultad para concebir una imagen clara de Chile estuvo

(8) Bernardo Subercaseaux (2007) resume los rasgos del roto prototípico, tal como Palacios los entiende: la valentía, el sentido guerrero, la sobriedad, el amor a la patria, la moralidad doméstica severa, el rechazo a los afeites, el carácter parco, el predominio de la psicología patriarcal. Para él, las influencias francesas y latinas son especialmente nocivas porque ellas podrían “feminizar la raza”.

(9) Cuando escribió y enseñó a los estudiantes sobre “nacionalidad” estaba ensayando argumentos de *El carácter chileno* de Hernán Godoy, un libro de 1976 que argumenta que los chilenos, como un todo, son determinados principalmente por la geografía (los Andes, el desierto y el Pacífico) y por la prolongada resistencia de los mapuche al imperio español, que habría producido la miscegenación, una obediencia irrestricta a la autoridad y el arraigado amor de los chilenos por su país. Ver: Prieto Larraín, 2011, p. 22; y la entrevista a Fernando Campino (quien participó en los estudios de Aguirre Silva) en Jünemann Gazmuri, 1996.

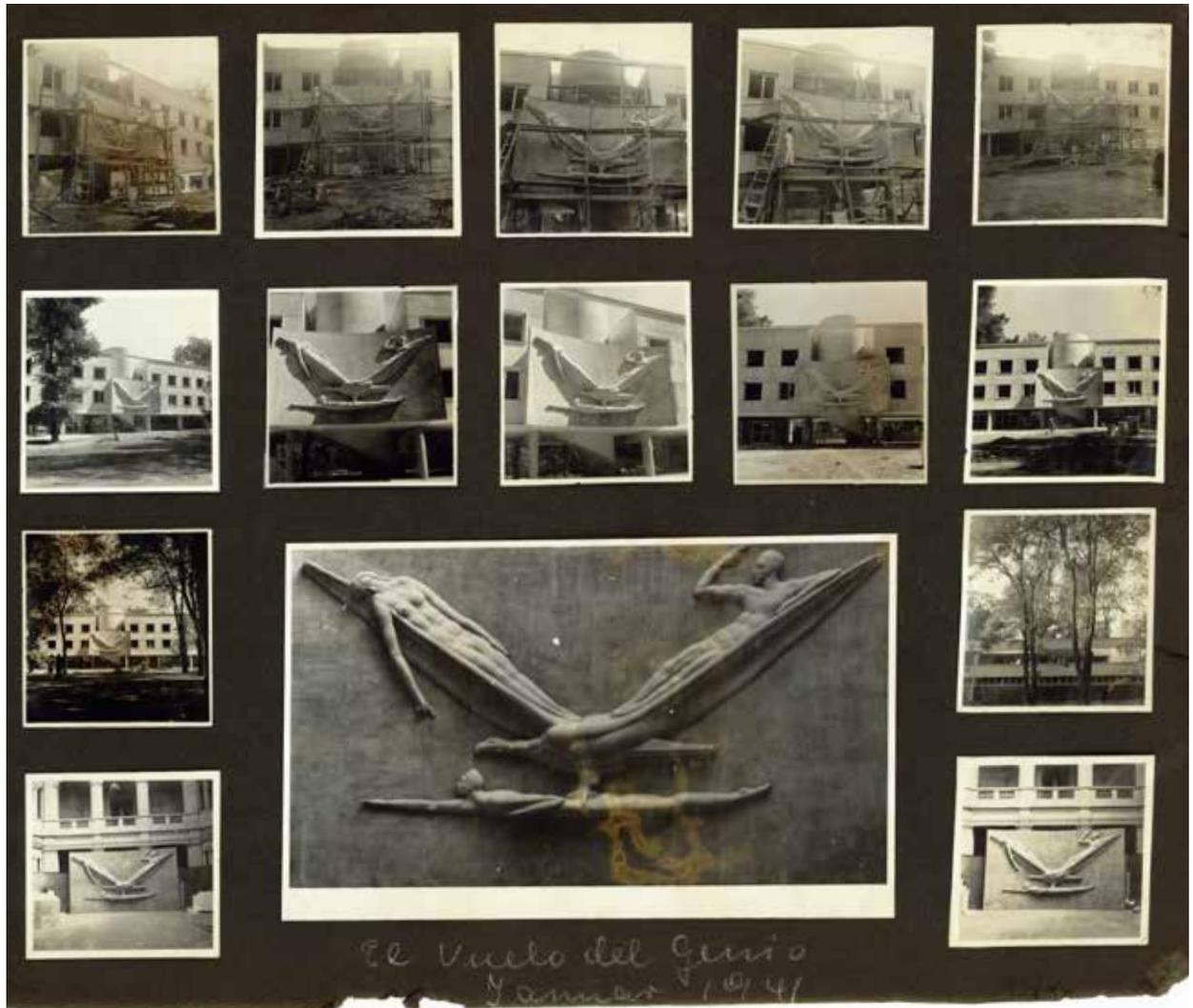


Figura 8: *El vuelo del genio* (Tótila Albert, 1941). Fuente: Álbum fotográfico de Tótila Albert (1939-1957), p. 35.

Figure 8: *El vuelo del genio* (Tótila Albert, 1941). Source: Tótila Albert Tótila Photographic Album (1939-1957), p. 35.

sin duda inscrita dentro de un mito de unidad racial de más larga data, su historia proporciona un vestigio de una genealogía silenciosa del racismo en Chile, uno de muchos relatos históricos posibles para un mismo presente en conflicto. **m**

REFERENCIAS

- AGUIRRE CERDA, P. (2001). *Epistolario de Pedro Aguirre Cerda (1938-1941)* (L. Aguirre Silva, Ed.). LOM.
- AGUIRRE SILVA, J. (1988). *El sur de los Andes: cómo renace un pueblo en el mensaje de su arquitectura y poesía*. Andrés Bello.
- AGUIRRE SILVA, J. (1985). *Hitos en Santiago: Esplendor y decadencia en su arquitectura y paisaje*. Autoeditado.
- CÁRCAMO GEBHARDT, N. (2015). Enfermo, quilto y chileno: Eugenesia y degeneración de la raza en Chile. 1937-1941. En C. Leyton, C. Palacios, & M. Sánchez Delgado (Eds.), *El bulevar de los pobres. Racismo científico, higiene y eugenesia, siglos XIX y XX* (pp. 194-210). Ocho libros.
- CORTÉS ALIAGA, G. (2009). "Monumento al roto... piojento": La construcción oligárquica de la identidad nacional en Chile. *Arbor. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 185(740), 1231–1241. <https://doi.org/10.3989/arbor.2009.740n1087>
- FARÍAS, V. (2005). *Salvador Allende: Antisemitismo y eutanasia*. Maye.
- GUTIÉRREZ, H. (2010). Exaltación del mestizo: La invención del Roto Chileno. *Universum*, 25(1), 122–139. <https://doi.org/10.4067/S0718-23762010000100009>
- HECHT, R. (2016). Idea y proyecto de paisaje en Santiago del Centenario, 1890-1930. En F. Pérez Oyarzún (Ed.), *Arquitectura en el Chile del siglo XX* (pp. 132-145). Ediciones ARQ.
- IBARRA, M. (2016a). Conquistas del higienismo. Instituciones, profesionales y práctica. En F. Pérez Oyarzún (Ed.), *Arquitectura en el Chile del siglo XX* (pp. 146-157). Ediciones ARQ.
- IBARRA, M. (2016b). Higiene y salud urbana en la mirada de médicos, arquitectos y urbanistas durante la primera mitad del Siglo XX en Chile. *Revista Médica de Chile*, 144(1), 116–123. <https://doi.org/10.4067/S0034-98872016000100015>
- JÜNEMANN GAZMURI, A. (1996). *Jorge Aguirre Silva: un arquitecto del movimiento moderno en Chile*. ARQ.
- LARRAÍN BRAVO, R. (1909). *La higiene aplicada en las construcciones (alcantarillado, agua potable, saneamiento, calefacción, ventilación, etc.)*. Impr. Cervantes.
- LARRAÍN BRAVO, R. (1937). Sobre el buen gusto. *Anales de la Universidad de Chile*, 25–26, 211–234.
- LEYTON, C., PALACIOS, C., & SÁNCHEZ DELGADO, M. (2015). Los bulevares. Vieja y nueva cuestión social. En C. Leyton, C. Palacios, & M. Sánchez Delgado (Eds.), *El bulevar de los pobres. Racismo científico, higiene y eugenesia, siglos XIX y XX* (pp. 7-13). Ocho libros.
- Decreto Ley 355, promulgado 17 de marzo de 1925, publicado 21 de marzo de 1925, Artículo 1, Libro 1 (1925). <https://www.bcn.cl/leychile/navegar?idNorma=1053231>
- MONDRAGÓN LÓPEZ, H. (2010). *El discurso de la arquitectura moderna: Chile, 1930-1950: Una construcción desde las publicaciones periódicas* (Tesis Doctoral, Pontificia Universidad Católica de Chile). <https://repositorio.uc.cl/handle/11534/21362>
- MONDRAGÓN LÓPEZ, H. (2015). Proyecto e ingeniería social. El debate sobre el plan de la vivienda en las publicaciones periódicas. Santiago, 1930-1950. *AUS*, 17, 30–36. <https://doi.org/10.4206/aus.2015.n17-06>
- PALACIOS, N. (1918). *Raza chilena: Libro escrito por un chileno y para los chilenos*. Editorial Chilena.
- PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA. (1940). *Defensa de la raza y aprovechamiento de las horas libres*. Zig-Zag.
- PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA. (1941). *Defensa de la raza y aprovechamiento de las horas libres* (J. Aguirre Silva, Ed.). Zig-Zag.
- PRIETO LARRAÍN, M. C. (2011). *Branding the Chilean nation: Socio-cultural change, national identity and international image* (Tesis Doctoral, Universidad de Leiden). <https://openaccess.leidenuniv.nl/handle/1887/18141>
- RIOBÓ, E., & VILLARROEL, F. J. (2019). Belleza plástica, eugenesia y educación física en Chile: Presentación de la fuente "Aspectos de la educación física", de Luis Bisquertt (1930). *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, 26(2), 673–682. <https://doi.org/10.1590/s0104-59702019000200018>
- SALAZAR VERGARA, G. (2012). *Movimientos sociales en Chile: Trayectoria histórica y proyección política*. Uqbar Editores.
- SÁNCHEZ DELGADO, M. (2017). Salvador Allende, esterilización de alienados y debate eugénico chileno. *Izquierdas*, 35, 260–286. <https://doi.org/10.4067/S0718-50492017000400260>
- SÁNCHEZ DELGADO, M., & CÁRCAMO GEBHARDT, N. (2018). Hans Betzhold y el "superhombre" chileno: Historia de una decepción, 1938-1943. *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, 25, 51–68. <https://doi.org/10.1590/s0104-59702018000300004>
- SUBERCASEAUX, B. (2007). Raza y nación: El caso de Chile. *A Contracorriente: Una Revista de Estudios Latinoamericanos*, 5(1), 29–63.
- TORRENT, H. (2013). Ciudades en el papel. Teorías arquitectónicas y urbanas en el Chile de 1930-1940. En H. Torrent (Ed.), *Revistas, arquitectura, y ciudad: Representaciones en la cultura moderna* (pp. 127–156). T6.
- VIVEROS LETELIER, M. (2019). Oscar Prager (1876–1960): A career across the Americas. *Studies in the History of Gardens & Designed Landscapes*, 39(3), 234–254. <https://doi.org/10.1080/14601176.2018.1543040>
- WALSH, S. (2015). "One of the Most Uniform Races of the Entire World": Creole Eugenics and the Myth of Chilean Racial Homogeneity. *Journal of the History of Biology*, 48(4), 613–639. <https://doi.org/10.1007/s10739-015-9403-x>
- ZAMORANO PÉREZ, P. E., & CORTÉS LÓPEZ, C. (2007). Muralismo en Chile: Texto y contexto de su discurso estético. *Universum*, 22(2), 264-284. <https://doi.org/10.4067/S0718-23762007000200017>